

12 de julio 1969

Azenaia, mi deseo:

Después del viaje que hicimos hasta el mar, te gustará conocer cuanto de ti dicen. Todos se asombran y encantan de tu existencia. Yo he puesto oídos atentos a los comentarios. Escucha:

Dicen que, exagerando yo cuando describo, quedé corto al describirte, pues no alcancé a expresarte. En resolución, afirman que no he sabido cantarte. También dicen que te ruborizaste cuando G. te elogió. Se asombran de ello; no aciertan a comprender cómo una persona tan eidética puede ser a un tiempo tan elemental y primitiva.

Dicen que estás intelectualizada, y temen que ello pueda establecer una valla entre tu persona y los afectos; con esto quieren expresar que, haciéndote respetable y distante por la opinión constante que tienes sobre las cosas, impides a tus amigos volcar sobre ti su amor.

Dicen que hablas con precisión increíble, con voz inusada, con ademán originario, con mirada confiada. Dicen que emanas bella disposición.

Dicen que, desde el primer momento, se notó que llegabas con afán de defender algo, de posesionarte de alguien y de dejar bien claro que tú eras la única y total propietaria de ese alguien. Dicen que, conforme avanzaba el día, más demostrabas esta disposición, y que, en la comida y después de ella, quedó tan claro que ya no fue opinión, sino evidencia. Elogian esta actitud por elemental, primitiva e instintiva, y ven en ella, con asombro, los atributos de una Hija del Pueblo. Se admiran de que en el corazón de la intelectualizada habite la Hija del Pueblo, y de que el instinto y su gracia coexistan con la inteligencia. Aceptan que algunos de quienes te rodean sean precisamente lo contrario; una mera forma.

Te definen como una espontaneidad y una reflexión que no se contradicen. Sostienen que tu afán de conocimiento es casi libidinoso, y aseguran que por ello te sentiste un

poco confusa cuando se habló de Russell y de Aristóteles, pues de ellos has leído menos.

Dicen que se adivina cuánto has amado y amas, y esperan y desean con vehemencia seguir conociéndote, como milagro, Azenaia, mi origen.

Estoy contento de tales opiniones. Me ha encantado contrastarte y recibir juicios sobre tu criatura. Tal vez los que andamos tan cerca de ti, hayamos perdido la capacidad de valorarte y asombrarnos a cada instante.

Dicen que hablaste mucho, y que haciéndolo correcto y enjundioso, preñado de conceptos, no siempre pudieron seguirte. Afirman que contigo entra la mente en constante tensión, y también lo que denominamos sentires; temen que quienes te rodean no te sigan en esto, por lo cual tu soledad puede ser grande. Sostienen que acompañarte no es fácil, porque resulta difícil ser tu igual.

Dicen que yo hubiera sido felicísimo contigo, pero también, tu esclavo. ¡Esto lo sé desde tiempo! Mas, ¿qué otra dicha puedo desear superior? Dicen que me cambio y transmuto a tu lado. ¡Eso me enorgullece!

Dicen que jamás nadie ha podido influir en mí, sino tú, pero advierten esta diferencia entre ambos: yo soy, y ello es verdad, un hombre tosco, dotado de ciertas pericias, pero no un espíritu que arda. Sé enjuiciar y construir significados, mas carezco de voluntad, en cuanto querer; mi modestia es hija de mi propia vulgaridad. Tú eres puramente un espíritu que quiere, una voluntad sin fin, un deseo que se incrementa. ¡Tienen razón! Es hora de que estas sospechas mías quedaran evidenciadas por el consensum civium.

Siento mucho afecto por quienes de ti así han dicho. He sentido que todo es verdad.

No me olvides un instante siquiera.

Espera nuevas cartas:

Miguel